

# PANCHO VILLA

## Y LA REVOLUCIÓN POPULAR EN EL NORTE

Pedro Salmerón

**Durante** la investigación que terminaría convirtiéndose en mi libro sobre la División del Norte, la documentación me convenció, casi sin lugar a dudas, del carácter campesino del ejército villista y de sus dirigentes, y del carácter campesino y popular, aunque no anticapitalista, de sus proyectos que, al confluir con el otro gran ejército campesino, el zapatista, daría pie a un proyecto de país alternativo al nacionalista burgués de los vencedores de la revolución.

Para entender a los villistas fue fundamental que dos cosas quedaran claras: el ya mencionado carácter de sus dirigentes y los mecanismos de selección de los mismos y de ejercicio del mando. Con tres excepciones, todos los jefes de brigada de la División eran de origen popular y al menos tres de ellos habían encabezado la lucha de sus pueblos contra las haciendas desde muchos años antes de 1910. Las excepciones las constituían dos maestros rurales y un pariente de los Madero de clase media. En cuanto a los mecanismos de selección del mando y el ejercicio del mismo, la documentación deja claro que la División del Norte funcionó según el esquema de la primera Guardia Nacional decimonónica: los soldados pertenecientes a un mismo pueblo o región se encuadraban en regimientos –luego brigadas– y elegían a los oficiales y al coronel. Y el comandante en jefe fue a su vez electo por los jefes de las corporaciones, que siempre tuvieron claro que a ellos debía el mando como ellos lo debían a sus soldados. Su actuación política, ya como gobernantes de hecho de comarcas enteras, ya como delegados a la Convención, ya como impulsores de reformas agrarias y laborales efectivas, se hizo siempre de cara a sus

hombres. La actuación de oficiales técnicos, como Felipe Ángeles, y la de los intelectuales maderistas utilizados como administradores, estuvo siempre subordinada al mando efectivo de la División, formado por Villa y los jefes de Brigada.

Una investigación posterior, que estoy terminando –va muy avanzada la redacción de un libro sobre la División del Noreste– me permitió entender que, por el contrario, el liderazgo político militar del carrancismo no sólo tiene un origen muy distinto (vgr. Pablo González, nada obrero), sino también un ejercicio del mando que depende de la dirección nacional de la revolución y no de sus soldados, lo cual me permite caracterizarlos claramente como nacionalistas burgueses, no porque este sea un añejo cliché, sino porque sigue siendo una clara categorización de su actuación y sus proyectos. Así pues, cuando los carrancistas enfrentaron a los ejércitos campesinos, se dirimieron en los campos de



Francisco Villa en los primeros tiempos. Imagen tomada del libro 1911. La batalla de Ciudad Juárez en imágenes, de Miguel Ángel Berumen (Editorial Océano de México, S.A. de C.V., 2009)



Francisco Villa en los inicios. Colección José Provencio. Imagen tomada del libro *1911. La batalla de Ciudad Juárez. I. La historia*, de Pedro Siller y Miguel Ángel Berumen (Berumen y Muñoz Editores, El Paso, Texas, 2003)

batalla dos proyectos y dos aspiraciones de distinto origen y claramente diferenciables, en una violentísima guerra civil.

Antes de entrar de lleno al asunto que me interesa destacar, hay que hacer dos puntualizaciones sobre la guerra civil de 1915. Los historiadores han estado convencidos de dos hechos: la enorme ventaja aparente de los ejércitos convencionistas y la falta de unidad de mando de estos que, junto con su incapacidad para advertir la dimensión nacional de la guerra, explican claramente su fracaso.

La ventaja de los convencionistas ha sido inflada en términos militares y al presentarla, se omiten los factores económicos y geopolíticos claramente favorables a los constitucionalistas. La situación político-militar de la República en noviembre de 1914 era mucho más equilibrada de lo que los historiadores se han empeñado en mostrarnos, ligeramente favorable en términos militares para los campesinos en el plazo inmediato y claramente desfavorable en el mediano plazo. En cuanto a la unidad de mando, si advertimos que la guerra enfrentó en realidad a carrancistas contra villistas y que los demás grupos, incluidos los zapatistas, fueron marginales en esa coyuntura, el mando político y militar del bando campesino fue ejercido por Pancho Villa con coherencia y eficacia sorprendentes, desde que advirtió en diciembre tanto la inutilidad –y quinta columnismo– de los jefes formales de la Convención, como la automarginación de la lucha de Zapata y sus principales contingentes. La Convención zapato-villista presidida por Roque González Garza se convirtió en un órgano deliberativo sin autoridad efectiva.

Si efectivamente se trata de un ejército campesino y de un proyecto campesino y popular que desafió el proyecto de modernización capitalista de los vencedores, en muchos sentidos la guerra civil de 1915 es una guerra de clases y, justo en ese sentido, los historiadores que así la han presentado extraen de esta caracterización la explicación última –metahistórica– de la derrota del villismo, que trajo consigo el cerco y aniquilamiento de los zapatistas: los campesinos perdieron porque no ejercieron el poder, no lo tomaron, lo custodiaron para tratar de entregárselo a un grupo de dirigentes pequeñoburgueses que no representaban a nada ni a nadie. “Ejercer un poder exige un programa” dice una explicación ya clásica. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de esas cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas”.

Otro historiador argumenta de manera sólida, convincente y fundamentada, que fue la ausencia de una concepción del Estado y de un proyecto político, lo que llevó a los campesinos a perder la guerra. Fueron incapaces de ofrecer un programa alternativo al constitucionalista o de luchar por el poder político, “objetivo que, en el fondo, ni siquiera se llegaron a proponer y que cuando lo tuvieron a su alcance no supieron qué hacer con él”.

Es decir, que no sólo fue incapacidad estratégica y política de Villa frente al genio de Obregón y Carranza lo que explica que un triunfo que estaba al alcance de la mano se convirtiera en derrota, sino que hay explicaciones que trascienden lo militar, explicaciones sociales y políticas de esta derrota. Casi todos los grandes historiadores de la revolución así lo entienden y lo argumentan. Sin embargo, esta interpretación clara, novedosa y auténtica, dio por hecho que la versión canónica de los hechos militares (escrita por Álvaro Obregón y Juan Barragán, y sus comentaristas, los generales Grajales, Sánchez Lamego y Gárfias) era verdadera y no había necesidad de revisarla o contrastarla, sino de explicarla desde lo político, lo social u otros ámbitos que habrían determinado lo militar.

Parte central de estas explicaciones es la argumentación de la inexistencia, en la dirección campesina, de una estrategia nacional, de una visión global de la guerra. A falta de tiempo para discutir otros aspectos, me enfocaré en este, que los historiadores toman de la versión canónica. La enorme ventaja inicial de los campesinos (Barragán: “las fuerzas constitucionalistas se hallaban en las peores condiciones militares”) se diluyó por ausencia de estrategia (Grajales: “esta absurda dispersión de fuerzas, nacida de un obtuso criterio localista reclamado por Zapata, fue la tabla de salvación del constitucionalismo”).

“¿Quién, y por qué, era responsable de esa *absurda dispersión de fuerzas*?” Zapata y Villa, al oponerse a los

acertados consejos de Felipe Ángeles, quien propuso a Villa “no detenerse, sino perseguir al descalabrado y debilitado ejército de Obregón, echársele encima con todo el empuje de la División del Norte y aniquilarlo”.

Ese es el primer gran error estratégico de Villa: desde antes de la entrevista del Centauro con Zapata, el general Felipe Ángeles había sugerido a Villa que el grueso de la División del Norte continuara su avance sobre el Cuartel General de Carranza, es decir, sobre Veracruz, sin interrumpir su formidable impulso ofensivo.

Al parecer, Villa en un principio estuvo de acuerdo con esta estrategia, pero el pacto con Zapata y un urgente llamado de Emilio Madero, jefe de armas de La Laguna, informando que una columna carrancista avanzaba desde Saltillo hacia Torreón, lo hicieron cambiar de planes. Fue entonces cuando decidió dejar a Zapata la línea de Veracruz y enviar a Ángeles, al frente de un poderoso contingente, a evitar la caída de Torreón y tomar a su vez Saltillo y Monterrey. De esa decisión se desprendió la siguiente, que implicó la fragmentación de la División del Norte en cuatro grupos principales y una fuerte reserva.

El primero de esos grupos operaría sobre Saltillo y Monterrey, a las órdenes de Ángeles; el segundo, a las órdenes directas de Villa con Rodolfo Fierro como segundo, sobre Guadalajara; el tercero, mandado por Tomás Urbina y Manuel Chao, sobre Tampico; y el cuarto y menos importante, mandado por José E. Rodríguez, sobre Matamoros, Tamaulipas.

Ángeles insistió de manera muy gráfica en su plan, que los historiadores han considerado como el necesariamente acertado: el plan de Villa, al dispersar las fuerzas de la División contra enemigos secundarios, convertía en desventajas todas las ventajas de su posición central y daba al debilitado centro Constitucionalista el tiempo que necesitaba para reorganizarse política y militarmente. Según los historiadores, Ángeles, que veía la guerra y el país con criterio nacional, tenía la razón desde cualquier punto de vista y la decisión de Pancho Villa resultaría en el desastre militar de la División del Norte.

Las explicaciones que de ésta decisión dan los historiadores suelen coincidir en un elemento fundamental: Pancho Villa, un dirigente campesino regional, pensaba más en su prestigio como caudillo, en la defensa de las tierras que consideraba suyas, de donde procedían sus seguidores, a las que le debía su éxito y su popularidad, que en una estrategia ofensiva de alcance nacional. Es decir, Villa era un dirigente campesino regional, sin un proyecto de nación, y como tal actuó, cediendo sus ventajas al enemigo, Obregón, que sí tenía una visión nacional y una estrategia global.

Así pues, Pancho Villa estaba obligado a tomar la decisión que tomó o, dicho de otro modo, no había decisión que tomar, no había disyuntiva ni posibilidad de elegir. Yéndonos al extremo, las leyes de la historia, las fuerzas que mueven el discurrir humano, lo obligaban fatalmente a tomar esa decisión y perder la guerra.

Pero, ¿qué tal que no es así, qué tal que ante Pancho Villa se abrió, efectivamente, una disyuntiva, y de dos opciones que tenía eligió una?

Plantearme esta pregunta y buscarle una respuesta me obliga a tratar de ponerme en el lugar de Francisco Villa en la medida en que mi conocimiento del personaje y de su situación, lo mismo que mi propia imaginación, me lo permitan, siguiendo un método propuesto por el filósofo británico Robin George Collingwood, método que supone que toda historia es historia del pensamiento, y que uno sólo empieza a pensar históricamente cuando es capaz de repensar lo que pensaron los sujetos que estudia. Así, la historia militar, según Collingwood, no es una descripción de sensaciones (fatigosas marchas al calor) o emociones (el miedo frente a la muerte), sino de pensamientos: planes y contraplanes, tácticas y estrategias y, en último término, lo que pensaban los soldados rasos en la batalla o las sensaciones y emociones convertidas en pensamientos.

A partir de estas premisas, Collingwood explica cómo puede hacerse y cómo lo que el historiador hace es reactualizar o recrear el pensamiento que está estudiando. No vayamos hasta allá y quedémonos con esto, y con la idea clara de que sólo podemos entender una decisión, un pensamiento, si primero tratamos de entender quién era el hombre o el grupo de hombres que lo produjo, y en qué circunstancias pensó lo que pensó, hizo lo que hizo.

En el caso que hoy nos ocupa, solemos pensar en Pancho Villa como un caudillo indudablemente carismático, indudablemente inteligente, indudablemente valeroso, pero que en 1915, cuando se enfrentó a Álvaro Obregón, seguía pensando como un caudillo campesino tradicional; seguía pensando en su región; seguía pensando como un guerrillero capaz de dar audaces golpes de mano basados en la audacia, la movilidad y la sorpresa. Por ello, sólo podemos imaginarlo tomando una decisión tan claramente errónea. Más aún, si consideramos que los historiadores se han identificado con mucha mayor facilidad y simpatía con Felipe Ángeles, un militar académico, culto, idealista y generoso, y al ser capaces de repensar la propuesta de Ángeles, la ven necesariamente como la correcta.

Esa imagen de Villa como jefe militar olvida su trayectoria previa. En 1910, a sus 32 años, Pancho Villa tenía una serie de cualidades que resultarían importantes en los años por venir: don de mando y de gentes, conocimiento

profundo del terreno en que habría de moverse, muy buena memoria y destrezas que lo hacían popular y respetado entre los hombres que habrían de seguirlo. Tenía una inteligencia natural poco común, muy aguda, pero muy escasamente cultivada. Y, naturalmente, carecía de cualquier tipo de instrucción militar.

Pero esos conocimientos los adquirió sobre la marcha durante los cuatro años siguientes. A costa de dolorosas derrotas, aprendió cuestiones tan elementales como el uso de reservas o la necesidad de apostar guardias. En abril de 1911 aprendió que una ciudad no puede tomarse a punta de cargas de caballería, y en 1912 vio, y lo vio con cuidado, maniobrar a uno de los más metódicos y sistemáticos generales del viejo ejército: el jalisciense Victoriano Huerta. En esa misma campaña, en que aprendió en la práctica cómo se conducía una campaña regular, pidió al brillante artillero Guillermo Rubio Navarrete que le enseñara en ejercicios y en combate, el uso de esa arma. También aprendió, en carne propia, las necesidades de la disciplina y la ordenanza.

El año siguiente aprendió aún más, y puso en práctica lo aprendido: ordenó a sus infanterías atacar las posiciones fortificadas de Torreón o escalar el Cerro Grande, en Chihuahua –¡sin cargas de caballería!– Eligió cuidadosamente el terreno en que su gente habría de librar la primera verdadera batalla campal que mandó, la de Tierra Blanca, donde dispuso correctamente de las tropas y las reservas. Y luego, en 1914, ganó cinco grandes y notables batallas en las que rompió el espinazo del Ejército Federal.

Ese era el Pancho Villa al que en diciembre de 1914 se le abrió la disyuntiva militar de que he hablado. Tenía una visión global del territorio, que había puesto en práctica en decisiones estratégicas de la campaña de 1913-1914. Conocía también los principales factores políticos, económicos, sociales y geográficos que se le presentaron, pues no sólo escuchó cuidadosamente las opiniones contrapuestas de Felipe Ángeles y Emiliano Zapata, sino que prestó atención a varios de sus principales consejeros y sus más capaces generales.


Su negativa a desproteger Chihuahua y La Laguna para avanzar sobre Veracruz no se debía solamente a la querencia regional y al temor de perder el apoyo de su base social, sino también a que el elevado costo de mantenimiento de la División del Norte se pagaba con recursos salidos de esas regiones. Tenía mucho más claro que Ángeles, militar profesional enfocado a los temas puramente militares, que la ciudad de México no podía funcionar como retaguardia estratégica.

Finalmente, si bien es posible que eso no lo supieran ni Villa ni Ángeles, aunque por poco que conocieran la

plástica y flexible mente estratégica de Obregón podían suponerlo, el caudillo sonorenses había previsto un vigoroso ataque sobre Veracruz y había explorado la posibilidad de retirar sus contingentes y el Centro Constitucionalista al Istmo de Tehuantepec en lo militar y a Yucatán en lo político, de modo que, contra lo que Ángeles opinaba, la caída de Veracruz no equivaldría al fin del constitucionalismo, máxime si consideramos que éste no extraía sus principales recursos del puerto jarocho sino de la región petrolera y el noreste en general, hacia donde Villa lanzó los principales esfuerzos de la campaña, y del inalcanzable Yucatán.

Villa, pues, decidió dividir a su ejército para asegurarse el apoyo social y los recursos de las zonas que ya estaban organizadas como economías de guerra al servicio de la División del Norte y para asegurarse también el control de la cuenca carbonífera de Coahuila, para no volver a quedarse con los trenes parados, como le había sucedido en junio de 1914. Como segundo objetivo estaba la conquista de Tampico, Guadalajara y Monterrey, fuentes de recursos para los constitucionalistas y, con ello, la destrucción de tres grandes contingentes enemigos. El plan fracasó, pero no era un plan absurdo ni descabellado, no era un plan condenado a la derrota, no era lo que necesaria, fatalmente tenía que hacer un ignorante campesino convertido en caudillo.

Las concentraciones de tropas constitucionalistas en Jalisco y el Noreste (incluidos El Ébano y Tampico) eran bastante más importantes de lo que solemos creer, y las acciones en esos frentes también fueron fundamentales: a la postre, es posible que la defensa de El Ébano haya sido tan importante como las batallas de Celaya para la decisión final, lo mismo que el hecho de que Pancho Villa no hubiese podido destruir los contingentes que Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía tenían en Jalisco.

Fracasada esta estrategia, a veces por márgenes muy estrechos, Villa tuvo que pasar a la defensiva y adaptarse a las iniciativas de Obregón, pero esa es otra historia: a partir de abril de 1915, quien proponía los teatros de operaciones y los ritmos de la guerra ya no era, ya no podía ser, Pancho Villa. 

---

**Pedro Salmerón Sanginés** (Coatzacoalcos, 1971). Mexicano, Doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Cuenta con un posdoctorado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es profesor e investigador del ITAM y de la UNAM. Entre sus libros, cabe citar *La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo* (2006); Juárez. *La rebelión interminable* (2007); *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste* (2010); *1915. México en guerra* (2015); y con la colaboración de Felipe Ávila, *Historia breve de la Revolución Mexicana* (2015) y *Breve historia del Villismo* (2018). Es autor también de la novela *La cabeza de Villa* (2013). Actualmente es director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).